

Tenía tentaciones de arrojarse á sus pies, tomarle las manos, atraerle con una caricia, para volver á hallar, bajo la frialdad ficticia del hombre de mundo, al galán cariñoso á quien había amado, al joven ardiente y espiritual que había adorado: y tenía vergüenza de aquel arranque instintivo de su pasión, que reprimió por no parecer cobarde.

Entonces se exaltaba, suplicaba á René que le respondiese, le recordaba sus juramentos, tanto más sagrados, cuanto que era por el muerto, no por ella, por quien quería una reparación.

—¿Vuestro padre? ¡Eh! (dijo René, haciendo chascar su lengua contra el paladar.) ¿Queréis que os sea franco? Pues bien: lo que me impide cumplir mi palabra más que la voluntad de mi madre, es el recuerdo de.... Eugenio Feraud.

—¿Su recuerdo?

—Su desgraciado asunto, si queréis.

—¿Vais acaso á recordarme que se le calumnió indignamente?...

—No, Dios me libre. Lo he olvidado: pero yo.... yo....

—¡Y bien! ¿Vos?

—¡Yo no soy todo el mundo! Yo soy indulgente, he conocido á vuestro padre; os amo.

—No digáis eso (dijo Noris dignamente); vos no me amáis; eso no es verdad.

Chantenay sonreía.

—Veamos (dijo); no he querido recordároslo; pero aunque el que salga de la cárcel, salga con las manos limpias, siempre queda alguna cosa.... una sombra, si queréis, pero una sombra al fin. ¿No habéis leído el artículo del *Reporter*?

—No.

—¿Y *El Betún*?

—No he leído nada.

—Pues leed, mi querida Noris (dijo René); esto es sintomático. Se biografía á vuestro padre, se le acusa, como si los gacetilleros fueran Procuradores generales.

—Pero (dijo Noris), ¿nunca se es inocente para los jueces?

—Ya lo veis. ¿Y qué se diría de vos si llegarais á ser la mujer del príncipe de Chantenay?

—¿Lo que se diría de mí? ¿Entonces no es lo que puedan decir de vos lo que gufa vuestra conciencia?

—Yo pertenezco á los que me rodean, á los míos.... ¡á mis amigos!

—Y porque un periódico publique no sé qué, insinúe acaso que mi padre, aunque absuelto, es culpable, ¿es mi padre culpable?... Y porque se me tratase de aventurera, dichosa ó hábil, si llegaba á ser vuestra mujer, ¿sería una aventurera? ¿Y sois vos quien me decís esto? ¡Eso es indigno!

Noris sentía que todos sus rencores se le subían á los labios en un acceso de cólera. En la cortesía de René hallaba nuevos insultos. Comprendía que el amor de aquel hombre había acabado con la posesión; que la pasión que le había fingido no era más que un deseo vicioso, deseo satisfecho ahora.

Volvía á hallar en los adorados labios del Príncipe las mismas calumnias y las mismas reticencias que habían herido al viejo novelista en el corazón.

Todo giraba en torno de ella, arrastrado por un torbellino de cólera.

Asió bruscamente á René por las muñecas, y mirándole á la cara:

—Pues bien; está dicho (dijo, acercándose tanto á él, que su aliento abrasaba la piel del joven). No soy más que una mujer perdida. Tú no me has amado más que como á una cortesana. ¡Me has perdido, te has cansado de mí, y me rechazas con mi falta!

—Noris.... yo os suplico....

—¿Y crees que después de haber sucumbido quiero vivir?... ¿Lo crees?... ¡Ah! ¡No me conoces!

Había empujado nerviosamente al Príncipe, y alargando la mano hacia el pequeño revólver que arrojaba bajo la lámpara sus brillantes reflejos de acero, le cogió, lanzando un grito, y mirando aquella alhaja, instrumento de muerte, con ojos extrañados.

—¿Qué es lo que haces? (dijo el Príncipe.) ¡Noris! ¡Noris! ¿Estás loca?

Había cogido el revólver y le montaba, y viendo que tenía entre sus dedos aquella arma fina como un bibelot, instintivamente hizo René un movimiento hacia atrás, como si fuese él y no ella quien estuviese amenazado.

—¡Noris!.... ¡Cálmate en nombre del cielo!

Y había en el grito que acababa de lanzar, en el azoramiento de sus ojos, en la actitud de sus manos tendidas hacia delante, en el aplanamiento de todo su cuerpo contra el blasonado lambrequin de la chimenea, una expresión tal, que Noris Feraud se sintió de repente detenida, arrancada bruscamente de su locura, penetrada de un sentimiento inesperado, desarmada.

—¡Cómo! ¿Es que tenéis miedo?

Dejó caer á lo largo del cuerpo sus manos, y

miró cara á cara al príncipe René Beaumartel de Chantenay, pronunciando simplemente un ¡oh! profundo, lleno de estupefacción y de desprecio.

René había creído que era á él á quien Noris quería castigar. Lo había creído, y aquel joven, que en sus duelos no retrocedía, que si se le hubiese desafiado no hubiera temblado ante el florete de un espadachín, había tenido miedo un momento, el espacio de un relámpago, es cierto, pero había tenido miedo ante aquella joya cargada y asida por la crispada mano de una mujer. Y pálido antes, estaba ahora de un color rojo subido, descontento de sí mismo, adivinando en la mirada irónica que le dirigía Noris que había leído claramente su temor, y que aquella mujer le despreciaba,—le despreciaba con todo su corazón por haberle visto temblar un momento ante ella, que, insensata, quería matarse con una bala de revólver delante de su burlador.

Entonces corrió hacia Noris, y quiso recuperar el arma, temiendo que la volviese hacia ella, como comprendía ahora que quería hacer; su mano buscaba la mano de Noris, para torcérsela, si le era preciso, y arrancarla el revólver.

La joven se hizo atrás rápidamente, dejando una mesita entre ella y René; después, teniendo siempre el arma en la mano, se dió el placer de decirle:

—Pero, no tembléis como antes.... No, no me mataré.

Y una risa nerviosa abofeteó á Chantenay en pleno rostro.

—¿Habéis creído que era á vos á quien quería matar? ¡Lo he visto bien, lo habéis creído, y yo,

que no os enternece nada, os he hecho temblar! ¡Oh, un Chantenay! ¡Un príncipe de Chantenay temblando ante una mujer! Y, sin embargo, no quería mataros. Era yo quien quería morir, morir para vos, por vos y junto á vos. ¡Ah! ¡Qué imbécil era! ¡Vos no hubieseis tenido piedad de mí, y yo no hubiera podido atormentaros como os atormento ahora! ¡Matarme por vos; no, verdaderamente no valéis la pena!

Había dejado caer estas insultantes palabras con una expresión de repugnancia, que hizo pasar un escalofrío sobre la epidermis del Príncipe. Después, arrojando el revólver al suelo, dijo insolentemente á René:

—¡Adiós! ¡No he sido loca al amaros, he sido necia; y si alguno se ha rebajado, soy yo! ¡No me acompañéis; conozco el camino, y no me volveréis á encontrar nunca!

Y desde la misma puerta de entrada, como fantástica aparición á que ponía marco la colgadura de Flandes, le dirigió una mirada llena de desprecio. El no respondió, y mientras Noris pasaba activa por delante del ayuda de cámara, que la contemplaba con cierta admiración, y que había debido escucharlo todo, tocó un timbre, y dijo simplemente, recogiendo de un sillón donde los había dejado al entrar, sus guantes, ocultos entre los pliegues del claqué.

—¡Enganchad!

Noris Feraud estaba ya al pie de la escalera, y caminaba á la casualidad, sin otra idea que la de alejarse de aquel hombre, que ante la exaltación de una desgraciada, no había temblado más que por sí mismo. Quería huir de aquel René, cuya palidez,

al coger ella el revólver, la avergonzaba por él; quería encontrarse donde el aire libre calmara su fiebre. Y marchaba, marchaba, alejándose del parque Monceau, no sabiendo adónde iba, y deseando ardientemente conocer lo que de su padre decían los periódicos.

—Quiero conocerlo todo,— se decía.

Después se detenía, casi hablando en voz alta, y pensando en aquel hombre á quien había adorado, y que encarnaba para ella todas las seducciones:

—¡Es un cobarde!

Su pensamiento volvía nuevamente á su padre. ¿De qué artículos de periódico había querido hablar el Príncipe? ¿Qué anónimo gacetillero, que nunca había conocido á Feraud, abofeteaba el rostro del muerto? ¿Y por qué? Acaso no más que por faltarle asunto para una crónica....

Y buscaba los títulos de los periódicos que Chantenay le había citado: *El Reporter*, *El Betún*. Maquinamente, y bajando por el boulevard Malesherbes, se detenía kiosco por kiosco, pidiendo aquellos diarios de la mañana. ¿*El Betún*? ¿*El Reporter*? Ya no quedaban ejemplares, pues todos, en gran número, habían sido arrebatados. Debía haber algún artículo muy curioso, porque desde mitad del día se agotaron.

Y mientras la sangre se le agolpaba á los oídos, Noris se preguntaba si se habrían agotado porque en ellos se leyera alguna infamia que devorase la vil curiosidad acerca de su padre. Quería á todo trance leerlos, y en ninguna parte los encontraba. La mayor parte de los kioscos, alumbrados interiormente como grandes linternas rojas, estaban cerrados; les interrogaba con la vista, tratando de

encontrar algún número no vendido de aquellos periódicos; pero inútilmente. En uno de dichos kioscos, un antiguo anuncio que Vérignon hiciera pintar, y que no había sido borrado, la lastimó, encolerizándola; leíase en letras rojas sobre el transparente: *Compañía de las minas de oro de Sierra-Fuente: capital, doce millones*. Aquello, aquello había causado ó contribuído á la muerte de su padre.

Se alejó de allí presurosa, y se encontró cerca de la Magdalena: en aquellos boulevards la actividad y la vida de París eran más ruidosas. Noris penetró entre los coches, los ómnibus y las aceras, llenas de hote en hote, dirigiéndose hacia el Gran Hotel y el Vaudeville. Seguramente que allí encontraría alguno de los números á que había aludido sonriendo el señor de Chantenay.

Delante de un café dos jóvenes leían *El Betún*, riéndose ruidosamente. El título del periódico, sostenido en unas varillas como una bandera en el asta, volvíase hacia Noris, que sintió impulsos de arrebatarse el papel á los lectores, cuya risa era un insulto. Le pareció que se reían de su padre; pero, ¿por qué? Noris quería saber todo cuanto aquel periódico dijera... Á pesar de su estado febril, ¿por qué no entrar en el café y pedir *El Reporter* ó *El Betún*?

¡Ah! Le hubiera parecido que todo el mundo,— ¡todo el mundo!— iba á adivinar que ella era la hija de Feraud, y que acudía allí para saber lo que del muerto decían. ¿Y qué importaba, aunque la reconocieran?

Delante del Vaudeville, colgados en un kiosco entre los periódicos de grabados y las publicaciones extranjeras, encontró por fin los que tenía avidez

por devorar: allí estaban juntos *El Betún*, impreso en color de rosa, y *El Reporter*, con su viñeta representando á un gomoso vestido de negro y mirando á París con unos anteojos de teatro. Los arrancó de la cuerda que los sostenía, echó una moneda á la vendedora, y mientras que ésta contaba la vuelta que había de dar, Noris, junto á una luz de gas, desdobló uno tras otro los diarios, buscaba en sus columnas el nombre de Feraud. Y leía con estremecimiento, y hasta gritos nerviosos que procuraba ahogar, en *El Reporter*, un artículo titulado *El novelista filibustero*, y otro con escasas variaciones en *El Betún*; mostaza averiada y venenosa sacada del mismo saco. Era una biografía irónica de su padre, firmada con un seudónimo cualquiera, en que se evocaban burlescamente las empolvadas novelas del muerto y los héroes de cartón de aquel narrador á la medida: las Conchitas, las Dolores, los Don Ramón, la casaca mejicana, y,— lo que era más siniestro,—narrando con reticencias malévolas el famoso asunto de *El oro de Sierra-Fuente*, y dando á entender que el viejo Feraud podría muy bien haber guardado, á pesar del fallo absolutorio, algún polvo de aquellas pepitas que se había hecho relucir ante los ojos de los accionistas, sangrados y arruinados por Vérignon.

Noris hizo pedazos el periódico rabiosamente, y lo escupió y pisoteó.

Aquello era innoble.

Y prosiguió su camino al azar, buscando luz y ruido, abriéndose paso por entre la muchedumbre, que por el calor de la noche llenaba las aceras, empujándose alrededor de ella. Poco á poco, á cada paso que daba en su creciente fiebre, sentía ardor

de combatir contra los desconocidos que hubiesen leído el artículo de *El Botín*, y entre los cuales se hallaba el hombre que, ignorante ó necio, insultaba con su pluma y manchaba con su tinta á un cadáver. ¡Un hombre honrado! ¡Historia de un vencido!

Y caminaba entre la multitud con la frente alta y provocadora, encontrando un amargo goce al tropezar con los transeuntes y sentir el sordo ruido de aquel boulevard. Sobre sus ojos sentía las mil miradas de aquella muchedumbre, y en vez de bajar la cabeza, se erguía nerviosamente, surgiendo bajo su frente altiva coléricos pensamientos.

¡Le parecía tan despreciable toda aquella baránda! Aquellas gentes sentadas á las puertas de los cafés; aquellas siluetas de mujeres que se deslizaban como fantasmas en las penumbras del gas; aquella promiscuidad de holganza y vicio, le daban la sensación de una cloaca, así como violentos arranques cuando pensaba en que tantas cobardías y vilezas se exhibían impudicamente ante la claridad de las estrellas, en tanto que su desgraciado padre sólo había salido inocente de su celda de Mazas para llevarse su última ilusión al sitio en que yacía entre paletadas de tierra.

Su sufrimiento se convertía entonces en odio, y los malos pensamientos que asaltaban su alma como un delirio, cambiaban su carácter. Tenía sed de desquite, apetito de crueldad, y siendo bastante hermosa para ver arrastrarse ante ella todas aquellas villanías, respondía con una especie de sonrisa fría y feroz á las galanterías que iba recogiendo al paso, en la batahola de la calle.

Todos sus dolores se convertían en rebeldías,

todas sus ilusiones en desprecio; el cobarde temblor que había sorprendido en el gesto aterrado de René, lo encontraba ó adivinaba en toda la humanidad.

Cualquier hombre sacado de entre el montón de paseantes, era parecido para ella al señor de Beaumartel de Chantenay. Es decir, un ser vil, pronto á implorar y á mentir. ¡Ah! Ella obtendría su desquite: adivinaba su omnipotencia, la omnipotencia de su esplendor, en la manera con que la contemplaban al pasar, apartándose instintivamente, por el magnetismo que impone la belleza, y dirigiendo los ojos estupefactos sobre aquella estatua movable.

Comprendía que aquella belleza era una fuerza, una fuerza como el dinero, una fuerza como el poder, una fuerza terriblemente utilizable, y capaz de obligar á la súplica á los mismos que se burlaron de la sentencia del padre.

Sentía que le bastaba querer, para lograr excusas y arrepentimientos de los que le insultaban, ó más indulgentes, se encogían de hombros al recordar á Feraud, calificándole de necio y de víctima. Noris era feliz sufriendo lo que sufría en aquella hora en que se unía á la multitud para desafiarla; todo su ser protestaba contra la injusticia, la cobardía, el desprecio y las injurias de aquellos á quienes ella despreciaba á su vez.

Su belleza parecía decir:

—Soy yo, miradme bien; soy la hija de Eugenio Feraud, hollado por la ley; soy la querida del príncipe de Chantenay, condenada á vuestros desprecios, y protesto contra la ley y contra vuestros insultos como barro que no mancha.

Se hallaba en plena rebeldía, y declaraba una

guerra sin piedad á todo aquel mundo, en que no podía encontrar un defensor ni un amigo, y sí solo mendigos de amor, como el *otro* por quien había querido morir.... ¿Para qué morir, puesto que viva podía vengarse, de *él* y de todos?

Y en la fiebre de aquella noche de París, envuelta en un polvo y un calor de tempestad; en aquella atmósfera de embriaguez, en aquel viento de deseo, entre aquel ruido de coches, á la luz de un aparato eléctrico que hacía resplandecer el boulevard, y alargaba fantásticamente sobre el empedrado las sombras de los transeuntes y de los coches, Noris subía lentamente y sola, con el corazón herido, hacia la casa desierta de Batignolles, y tenía gana de abofetear aquellas cobardías, aquellas malicias, aquellas traiciones, aquellos desdenes y aquellas lujurias, con un grito de desafío arrancado por el dolor, y de colocar en su frente, ó sobre su pecho, en el lugar de su corazón, donde sólo existía el vacío, un anuncio que dijera: «Mujer en venta».

## SEGUNDA PARTE.

### I.

En las mañanas del mes de Abril, frescas por la estación primaveral, bajo un cielo color de perla ó azul suave, opalino, que interrumpe aquí y allá el gris pálido del horizonte; en la hora de los jinetes y de las amazonas, de las cabalgatas á lo largo del paseo de las Acacias ó de los Postes, el Bosque de Boulogne está verdaderamente delicioso. Ligero vientecillo mueve las ramas de los árboles, en cuyos extremos parecen brillar gotitas verdes. Una ligera niebla que el sol del Mediodía disipará bien pronto, cual si fuera humo, flota en el fondo de los paseos, semejante á un vapor de plata. La hierba y los arbustos parecen aspirar las brisas de Abril.

En una de esas mañanas, un joven, excelente jinete, y llamando justamente por ello la atención, después de haber subido al paso la avenida del Bosque, picaba espuelas al llegar al paseo de los Postes, satisfecho de aquel fresco ambiente y de la sensación de bienestar que experimentaban sus músculos. Veintiseis ó veintisiete años, estatura